



Consejo Latinoamericano de Iglesias
www.claiweb.org

Curso de Diaconía Ecuménica

**II. La diaconía ecuménica es un llamado a participar
en la misión de Dios (*Mission Dei*)**

Chris Fergusson y Ofelia Ortega

CURSO DE DIACONÍA ECUMÉNICA



Reconciliadora, Compasiva, Transformadora, Profética,
Procuradora de justicia

SEGUNDA AFIRMACIÓN

La diaconía ecuménica es un llamado a participar en la misión de Dios (*Mission Dei*)

Origen y significado de la palabra “diaconía”

“Diaconía” es palabra proveniente del griego que significa *servicio*. En el Nuevo Testamento encontramos el verbo “diakonein” que quiere decir “servir”, principalmente en las mesas. Así, originalmente, este término no tenía connotación religiosa específica pues en sentido amplio se empleó para referirse al trabajo de los esclavos y sirvientes en el hogar, mas, con el paso del tiempo, la palabra llegó a designar un concepto fundamental del Nuevo Testamento, al describir la participación de cada creyente en la vida de la Iglesia. La razón por la cual el término ‘diaconía’ adquirió tal importancia radica en el hecho de que Jesús se presentó a sí mismo como un “siervo”. “Porque el Hijo del Hombre vino, no para ser servido sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10, 45). A partir de entonces, la Iglesia ha mantenido esta palabra griega para designar un concepto teológico y cristocéntrico fundamental.

Sin embargo, el significado de la palabra sufrió algunos cambios a lo largo del tiempo. Las diferentes generaciones sintieron la necesidad de interpretar la “diaconía” en función del contexto y de la situación social de su época. Por tanto, no estamos, al respecto, en presencia de una tradición con una interpretación establecida de una vez y para siempre en el pasado. También a

nosotros se nos impone la necesidad de reinterpretarla, lo cual representa un desafío en nuestro mundo actual.

La diaconía es, por tanto, la denuncia de lo malo y el anuncio de un proyecto más humano y más cristiano, que concierne al conjunto de las relaciones entre la humanidad, la naturaleza y la sociedad, así como a la interdependencia mutua entre los individuos.

La diaconía encuentra su identidad y su motivación en la fe cristiana. Ello deriva del hecho de que Jesucristo, el Siervo de Dios enviado al mundo, constituye la más plena realización del proyecto arriba mencionado.

La diaconía ecuménica como amor a la vida

El llamado a participar en la misión de Dios nos lleva a trabajar como co-creadores, con la firme convicción de que todas y todos pueden tener una vida plena y abundante (Juan 10, 10). Para ser verdaderos colaboradores, los participantes tienen que asemejarse al Creador en dos importantes aspectos: en la compasión y en la renuncia o en el despojarse a sí mismo (*kenosis*) de Dios, representada por el sacrificio de Cristo en la cruz.

Todas y cada una de las actividades de la comunidad cristiana en la evangelización: la diaconía, la lucha por la dignidad humana, la sanidad, la paz y la justicia, pertenecen a la sola e indivisible misión de Dios.

Es importante para nosotros comprender que, sin la compasión concreta y cristológica y sin el sufrimiento compartido con el mundo, el esfuerzo misionero de la Iglesia como un cuerpo de co-creadores no será efectivo en el sentido establecido por la *Gran Comisión*.

Dos hechos esenciales de la diaconía:

Primeramente, el servicio y la solidaridad no son separables de la misión y el testimonio.

En segundo lugar, la misión de Dios se expresa en la promesa vivificante de una vida abundante para todos los seres humanos y para toda la creación.

En esta relación, dos hechos son esenciales cuando consideramos la diaconía ecuménica. Primeramente, que el servicio y la solidaridad no son separables de la misión y el testimonio. En segundo lugar, que la misión de Dios se expresa en la promesa, centrada en la vida, de una vida abundante para todos los seres humanos y para toda la creación. Los pueblos indígenas de todas las regiones del planeta dan testimonio del carácter sagrado de la Tierra y de la inseparable conexión entre la vida de la humanidad y la vida de la Tierra.

Estos importantes conceptos bíblicos y teológicos constituyen el fundamento de la adhesión del Consejo Mundial de Iglesias a una teología de la vida, donde la Tierra misma es parte de la comunidad que está incluida en la visión divina del *shalom*.

La teología de la vida implica la defensa de la vida mediante el respeto y realización de los derechos humanos en los ámbitos político, social, económico, cultural y ecológico...

Una vida en abundancia incluye la experiencia del disfrute estético, el desarrollo de la creatividad y la salvaguarda de la dignidad de cada ser humano.

La teología de la vida implica la defensa de la vida mediante el respeto y realización de los derechos humanos en los ámbitos político, social, económico, cultural y ecológico, y está basada en la idea fundamental de que la misión de Dios consiste en proveer de vida abundante a todos los seres humanos y al conjunto de la creación. Por esto, esta teología se desarrolla sobre la base de una opción radical en defensa de la vida abundante, tanto en sus dimensiones materiales como espirituales. En esta perspectiva, una vida en abundancia incluye la experiencia del disfrute estético, el desarrollo de la creatividad y la salvaguarda de la dignidad de cada ser humano.

Una declaración similar fue realizada por la consulta Ortodoxa de Chania en 1978. La consulta abogó por una comprensión bíblica y teológica de la diaconía según la cual “todas las formas de la diaconía están relacionadas con la Creación y enraizadas en la vida de la Trinidad”.

La diaconía ecuménica como el amor al prójimo

El servicio cristiano no separa el amor a Dios del amor al prójimo.

El servicio cristiano considerado como diaconía no separa el amor a Dios del amor al prójimo. El fundamento para la diaconía es el amor sacrificial expresado en la renuncia de sí mismo (*kenosis*) que hace Cristo. Esta contribución Ortodoxa a la comprensión del llamado inalienable al servicio y al compartir, puede resumirse de la siguiente forma:

Es una consecuencia directa del servicio de Cristo, quien no vino para ser servido sino para servir y a dar su vida en rescate por muchos.

Es una derivación de la divina liturgia, en la cual Cristo santifica nuestras ofrendas.

Como en la eucaristía, *es una expresión de la unidad de la iglesia como el cuerpo de Cristo* ofrecido tanto por las necesidades espirituales como materiales del mundo entero.

No es una opción más, sino la *expresión indispensable de una comunidad que tiene su fuente en la liturgia*.

Es la liturgia después de la liturgia, que contiene todos los temas de adoración en el servicio activo.

Es una ofrenda, en la forma de limosnas y dádivas, para la totalidad de las necesidades humanas.

Libera a la humanidad de la pobreza, de la opresión y de la penuria que son obstáculos para la salvación.

El propósito último de la diaconía es la salvación de los seres humanos.

Además, el propósito final de la diaconía es la salvación de los seres humanos. Es evidente que la pobreza, la opresión y la penuria material constituyen con frecuencia un obstáculo que pone en riesgo la salvación de los seres humanos, como enseñaron en su tiempo los apóstoles y los Padres de la Iglesia.

“Tú veneras el altar de la Iglesia cuando sobre él desciende el cuerpo de Cristo, pero desprecias al otro que es el cuerpo de Cristo, y permaneces indiferente ante aquel que muere de hambre”. (San Juan Crisóstomo).

La diaconía es liberación para la salvación. Significa la liberación de la humanidad de todo aquello que la oprime y la esclaviza y de cuanto distorsiona la imagen de Dios.

En consecuencia, la diaconía hace suya la necesidad de liberar a la humanidad de todo aquello que la oprime y la esclaviza y de cuanto distorsiona la imagen de Dios; así, abre el camino hacia la salvación. En este sentido, la diaconía es *liberación para la salvación*.

Necesitamos desarrollar una visión del futuro con formas distintas de hablar y de actuar para expresar las nuevas posibilidades sociales de transformación comunitaria en los términos de los necesitados. Debemos escuchar el llamado de Dios a entrar de nuevo en el dolor del mundo y en la posibilidad de renovación y salvación.

La diaconía ecuménica como lucha por la paz y la justicia

En la diaconía ecuménica “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”. (Salmo 85, 10).

Nuestra actividad misionera ocurre en tiempos de separación y desunión, en los cuales el contexto de pobreza, de guerras, desempleo y exclusión es común para todos. La paz y la reconciliación constituyen elementos esenciales de la misión de Dios para el mundo. El Salmo 85, 10 proclama la unidad entre la paz y la justicia, entre la compasión y las relaciones justas: la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La paz y la justicia son inseparables, juntas constituyen la visión del mundo que Dios desea para nosotros.

De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3, 16).

En esto hemos conocido el amor, en que Él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? (1 Juan 3, 16-17).

Por estas razones, vale la pena mencionar la preocupación expresada en el informe oficial del Tercer Congreso Latinoamericano de Evangelización (CLADE III) realizado en Quito, Ecuador, en 1992: “Algo está mal con nuestra eclesiología si aspiramos a construir grandes templos para albergar a *megaiglesias*, pero cerramos nuestros ojos ante las *megabarriadas* pobres”. Algo está mal con nuestra eclesiología si predicamos Juan 3, 16 y nos olvidamos de 1 Juan 3, 16 y 17.

Que Dios haya escogido manifestarse en la historia a través del Crucificado es especialmente significativo para la fe cristiana. Este Crucificado es la víctima inocente por excelencia. Para ponerlo en palabras de 1 de Pedro 2, 7: “la piedra que los edificadores desecharon”. [1] Dos hechos destacan en la crucifixión, acontecimiento central para nuestra fe cristiana:

- Por un lado, en tanto que víctima inocente, el Jesús crucificado es, ante Dios y ante toda la humanidad, representación de todas las víctimas inocentes.
- Por otro, en tanto que Hijo de Dios en la fe cristiana, Él es también la representación de Dios en los acontecimientos de la historia humana.

En el corazón mismo de la teología cristiana aparece un Dios solidario, en solidaridad con las víctimas de la historia. En esta perspectiva, una interpretación teológica analiza el hecho de la cruz como *un acto divino de solidaridad* con los excluidos y las víctimas inocentes de la historia.

El concepto bíblico y teológico del Dios-justicia está estrechamente relacionado con el otro de Dios-misericordia.[2] La misericordia de Dios alcanza a todos los seres humanos, tanto a las víctimas como a los victimarios. En realidad, aunque en la Biblia encontramos algunos textos con la expresión “la venganza es mía, dice el Señor”, [3] es la misericordia la que ocurre y se manifiesta en la práctica con todas las personas. Si la Biblia enfatiza en que la venganza pertenece a Dios y no a los seres humanos, lo hace para romper el eterno ciclo de revanchas que ocurre en civilizaciones particulares y en el conjunto de la civilización globalizada.

Vale la pena señalar que la justicia de Dios es sorprendentemente extraña en el sentido de que no condena a los perpetradores, a los asesinos. Esto resulta difícil de comprender ante ciertas realidades concretas, especialmente cuando caminamos entre los cuerpos sin vida de víctimas inocentes en Nueva York o Afganistán, para mencionar apenas dos ejemplos.

Si consideramos la lógica de las civilizaciones antes mencionadas, que operaba bajo la influencia de ciertos mitos, no existe alternativa mejor que intervenir y destruir de una vez y para siempre el círculo de sacrificios o de la venganza infinita, mediante el perdón sin límites, aquel que perdona “setenta veces siete”. Seres humanos de carne y hueso son víctimas de un sistema cuya lógica demanda la guerra o la revancha para hacer la justicia, o para traer “paz y salvación”. Para redimirnos del “pecado estructural”, el apóstol Pablo propone la justicia de Dios como un medio para salvarnos de la ley del pecado y de la muerte.

La justicia de Dios no permite justificación alguna de los crímenes y, en cambio, hace una propuesta que consiste en la transformación y la reconciliación de la humanidad a través del perdón. Dios hace esto en beneficio de las víctimas y para que no se cometan más crímenes. El perdón del Dios de justicia es gratuito pero no barato, porque tras él hay un proyecto humano motivado, primera y fundamentalmente, por el propósito de poner fin a un sistema de justicia basado en la venganza infinita y para crear una nueva humanidad justa, misericordiosa y rica en solidaridad; mas ese perdón no esconde la intención de ser tolerante con el crimen.

La diaconía ecuménica como propagación del Evangelio

Finalmente, en razón de su relación integral con el mundo, la Iglesia nunca trabajará como si fuera el soldado temeroso que protege las fronteras, sino como

alguien que trae buenas nuevas. “En cuanto a mi, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma”. (Romanos 1, 15).

La misión es una invitación al futuro de Dios. La misión significa *missio Dei*, es decir, “enviado de Dios”.

El Espíritu de Dios –el Espíritu dador de vida– fue enviado a este mundo a través de Cristo.

Así, tenemos que entender la misión como invitación al futuro de Dios, como actualización del evangelio y de la esperanza, y de la “diaconía del amor”. En el sentido original de la palabra, *misión* significa *missio Dei*, es decir, “enviado de Dios”. Según la concepción bíblica (tanto judía como cristiana), el Espíritu de Dios fue enviado a este mundo por intermedio de Cristo. Este es el Espíritu que da vida y por eso se le llama “el Espíritu de vida”, o “la Fuente de la vida”. El Evangelio de Juan define con una palabra: “vida”, lo que Dios trae al mundo por medio de Cristo: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14, 19).[4]

El envío de Dios no es antropocéntrico, sino biocéntrico.

Esto significa una vida plena, comunitaria, eterna, abundante. Esa fuerza vital de Dios será, de acuerdo con el mensaje profético, “derramada sobre toda la humanidad”, es decir, sobre todas las cosas vivas (en el lenguaje del Antiguo Testamento). El envío de Dios no es antropocéntrico, sino biocéntrico. No se trata del dominio político o religioso del mundo por los seres humanos. Tampoco se trata de la salvación exclusiva de las almas humanas. Se trata de la liberación, la salvación y la redención de la vida en general. La meta es la “*recreación de toda la creación*”.

Jesús no solo trajo una nueva religión al mundo, sino también una nueva vida. Él trajo esa nueva vida a este mundo de violencia. (1 Juan 1, 1-2).[5]

Cristo es la salvación divina de la vida, la curación del enfermo, la aceptación del marginado, el perdón de los pecados y la salvación de la vida dañada por los poderes de destrucción.

Cristo es la salvación divina de la vida. Esta afirmación significa la curación del enfermo, la aceptación del marginado, el perdón de los pecados y la salvación de la vida dañada por los poderes de destrucción. De esta manera los evangelios hablan de la venida de Jesús y, de acuerdo con los evangelios, esa debe ser también la naturaleza de la misión de los hombres y mujeres que viven en Su Espíritu.[6]

Diálogo con el grupo